

Agua de augurios

Francisco Paoli Bolio

Gaston Bachelard, en su libro El agua y los sueños, realizó una minuciosa exploración de la imaginación poética y las potencias acuáticas. En este relato Francisco Paoli Bolio explora las relaciones numinosas entre el agua y los habitantes del mundo maya.

Es como una palabra húmeda de misterio.

Canek

ERMILLO ABREU GÓMEZ

La piedra había sido labrada por Cecilio. Era una laja cuadrilonga, preparada para recibir y contener agua del cielo. Una piedra de patio, arrancada al suelo y labrada con el mismo cuidado con el que se tallaron las pirámides. Cecilio Chi aprendió a trabajar la piedra y otros oficios de su padre, como éste del suyo. Ellos pertenecían a una familia de mayas cocomes, habitantes de las tierras bajas en la península de Yucatán. Los cocomes tuvieron su asiento en el centro de la península, alrededor de la Villa de Sotuta, que fuera cabecera de un reino, antes de la llegada del Adelantado Montejó, con sus soldados de armaduras chirriantes y caballos de belfos espumosos.

La pileta de piedra concavada servía a simple vista como bebedero de aves en el solar de los Chi. Pero en realidad tenía una función más acuciante. Ésa sólo la conocía Cecilio, quien en realidad había construido su significado trascendente, aunque la percibía un poco su familia. Pero lo que ella representaba verdaderamente había quedado como un tema misterioso. Los miembros del grupo familiar eran desde hacía más de un siglo habitantes principales del pueblo de Tepich. Ellos se sabían miembros de una dinastía de cocomes con tareas en el porvenir y sentían que su linaje venía de muy atrás y llegaría lejos en el porvenir.

Los Chi tenían un patronímico húmedo, por su significado concreto como el de todos los nombres mayas: boca de pozo, orilla del agua, ribera, borde de tinaja fresca, brocal, entrada de cenote. Húmedo como el ambiente de la península, como las mañanas cargadas de rocío de todos los días. Húmedo como el origen de todas las cosas buenas. El significado de su propio nombre, Chi, le había servido para construir su símbolo augural. Además la piedra estaba trabajada por su mano de cantero brujo, para conocer en ella lo que el destino le deparaba.

Los Chi se habían desplazado del centro de la península al oriente, huyendo de la dominación directa de los españoles y de sus descendientes. Hacia el oriente buscaban los mayas su refugio. Así estaba prescrito. El oriente era la dirección benéfica, la zona que los cobijaba con su selva tropical llena de pájaros, frescas aguadas, caza abundante, lluvias torrenciales y otras bendiciones de la naturaleza, dones de los dioses.

Cecilio era el *batab*, jefe reconocido por los suyos en esa comunidad. Tepich articulaba un centro de población en el que se conjugaban otros poblados, aldeas y ranchos ubicados a varias leguas a la redonda. El liderazgo de los Chi lo recordaban y reconocían los habitantes de aquellos rumbos de varias generaciones atrás. Tepich se ubica entre dos villas señoriales dominadas por los criollos y mestizos, Tihosuco y Valladolid, pero a diferencia de éstas, estaba habitada en su mayor parte por población maya. Casi sólo se oía hablar en Tepich el idioma de Nachi Cocom. Eso ocurría en la mayor parte de las

poblaciones medianas y pequeñas del oriente y del sur de la península, porque los pocos blancos que había en ellas, también hablaban maya.

El recipiente de agua en el patio de los Chi estaba al aire libre y reflejaba las nubes en movimiento por las mañanas y una selección de estrellas al oscurecer. Era espejo del cielo, captaba tormentas, contenía sus significados y la fuerza que transmitían los rayos solares portadores de la voluntad deslumbrante de *Kinich Kakmó*.

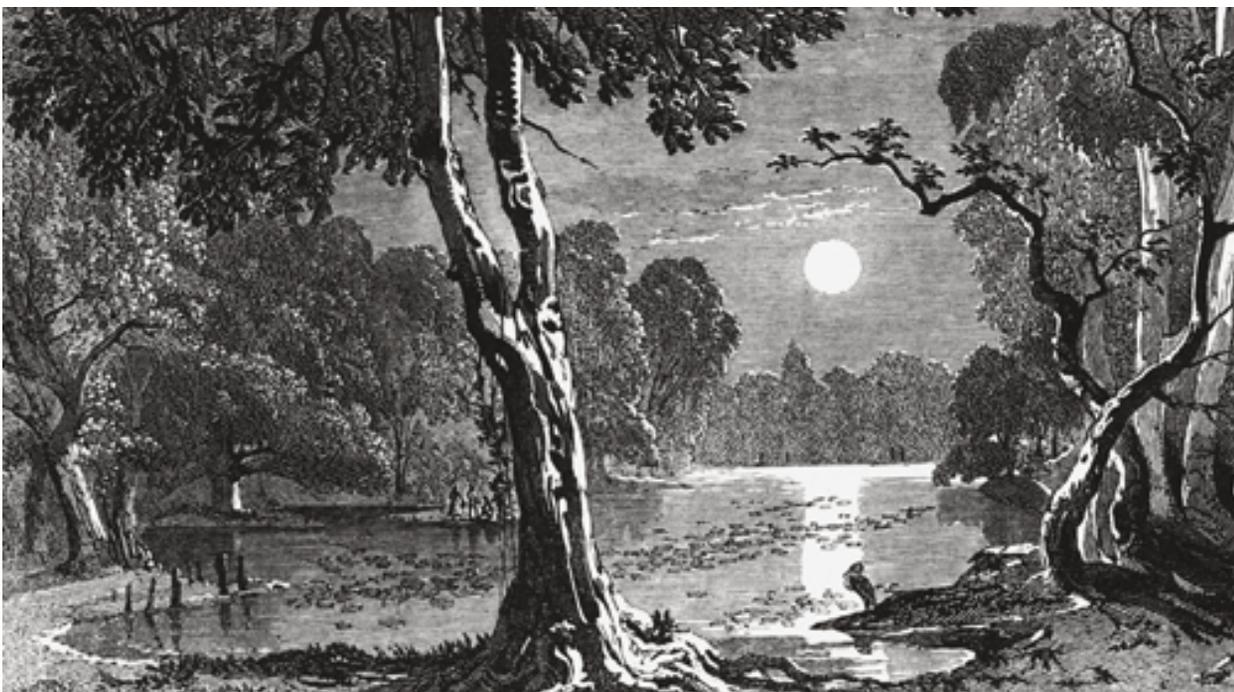
La división entre sagrado y profano no existía para Cecilio y los suyos. Esa separación era cosa de los blancos. Y era una de las fuentes de su perdición. Los verdaderos hijos del Mayab sabían que el mundo era orgánico y que todo en él estaba comunicado: los hombres con sus pasiones y saberes, los animales con sus instintos, las plantas con sus frutos y sus aromas y los dioses con sus designios superiores y también con sus caprichos. Era un mundo sostenido por los cuatro *bakabes*, atlantes de su cosmogonía. El universo de los mayas contenía al mismo tiempo la vida de los hombres y el aliento de los dioses, el mundo y el inframundo, el poder divino y el esfuerzo de los seres humanos hechos y sustentados por el maíz. Así, aquella fuente de piedra era al mismo tiempo bebedero de pájaros y receptora de los mensajes celestes.

Ese pequeño abrevadero de aves, retrato móvil de lo alto, era para Cecilio fundamentalmente un continente de augurios. Cumplía para él una función de oráculo. De vez en cuando, el *batab* sentía un llamado especial de la pequeña fuente, una atracción personal y telúrica. Entonces se preparaba y ayunaba tres días antes de asomarse a la pequeña oquedad pétrea, para mirar su fondo invocando a su cercano *Chaak*, dios del agua, en

espera de inspiración para conducir a los suyos. La comunicación de lo alto se propiciaba con el sacrificio del ayuno, con el apartamiento de las relaciones carnales, con la disposición de la mente en la dirección de los astros que se podían descifrar en su amable reflejo. Entonces la mirada transida de Cecilio Chi se iba hasta el fondo del bebedero, que se hacía en ella profundo y proceloso, y empezaba a mostrar su coloides de auspicios. Aquellas introspecciones acuáticas se iniciaban en el momento en que el sol se ponía, y duraban a veces varias horas. Cecilio había concebido así algunas ideas sobre la liberación de los suyos. Porque Cecilio como todos los mayas que se desplazaron hacia el oriente, jamás habían dejado de pensar en sacudirse la férrea dominación de los encomenderos españoles y sus descendientes, a quienes llamaban *dzulob*, o más castellanizado, dzules.

Habían aceptado el trabajo de los misioneros y apreciaban especialmente a algunos de ellos que los defendían. Pero en general tenían un profundo desprecio por los blancos. Y también se sabían despreciados, engañados y humillados en el mundo de los blancos, que frecuentaban lo menos que les era posible. Había mayas domesticados que servían con obsecuencia a sus amos; muchos de ellos estaban acasillados en torno de las haciendas del centro y norte de la península. Otros en cambio, como los Chi, habían puesto una distancia notable y poco participaban del mundo de los blancos.

En tiempo de lluvias el bebedero mágico de Cecilio recogía el líquido celeste. En los estíos era colmado por



Frederick Catherwood, *Aguada en los montes de Yucatán*



Frederick Catherwood, *Aguada en los montes de Yucatán*

el propio Cecilio o alguien de su familia con agua del pozodoméstico. Cuando el *batab* de Tepich tenía oportunidad, traía en su calabazo un poco de agua virgen de algún cenote sagrado, o purificada, filtrada por las estalactitas de las cavernas y después serenada. Si tenía que ir a Valladolid, población oriental mayor, pasaba por aquel cenote de Dzinup, rodeado por una gran cueva de oscuridades luminosas y azuladas. Allí el agua fluía humedeciendo el vuelo ciego de los *sotses*, goteando rocío domesticado por la piedra y vahos mágicos que venían del centro de la tierra. Cecilio descendía por las escalinatas que conducían al cenote, librando el vuelo de murciélagos cavernarios y ponía su calabazo bajo el goteo de alguna estalactita.

Durante las largas tormentas tropicales, la piedra del patio de los Chi rebozaba. Según le había dicho a Cecilio el viejo *hmen*, yerbero y quiromántico de Tepich, después de las precipitaciones torrenciales era cuando mejor recibía los mensajes celestes, de la misma manera que el maíz, el frijol, la calabaza y el chile de las milpas sorbían la vida que venía de lo alto. Así pues, antes de que empezaran a caer las fuertes lluvias, sacaba el agua virgen destilada por las estalactitas y vertía un poco al bebedero para enriquecer su contenido.

El recipiente cuadrangular era una de las piedras que guardaban el tiempo, aunque en forma sencilla. Como lo hacían los calendarios, las estelas o la pirámide de *Kukulkán* en Chichén Itzá, en el bebedero de aves se podían contar los tiempos, los *tunes* y los *katunes*. Eso creían Cecilio y su gente. Hacía mucho tiempo, ellos habían perdido el arte preciso de contar los días y relacionarlos con el movimiento de las estrellas. Pero

seguían creyendo que los tiempos traían acontecimientos formidables y terribles ocurrencias que podían verse con anticipación.

El paso de los días o de los ciclos, mágicamente registrados por el agua de augurios, podían activar la revelación y entonces aparecían acontecimientos futuros, premoniciones, previsiones sobre lo que iba a ocurrir, o indicios de lo que los dioses habían dispuesto que ocurriera. Era una fuente de fatalidades. Por eso el *batab* de Tepich, hijo de cocomes, tenía que estar pendiente, otear con atención, escudriñar afanosamente el pequeño manantial del destino. Él era Chi y estaba al borde húmedo de los auspicios. Él era boca de cenote, la entrada misma del sino de los suyos.

Cecilio se acercaba a la piedra continente de barruntos, y buscaba ansiosamente signos. Como *batab*, estaba convencido de que tenía que desentrañar los mensajes que enviaban las divinidades protectoras que, a pesar de todas las desdichas sufridas por más de tres siglos, no los habían abandonado. Aquellos múltiples dioses: las cuatro advocaciones de *Chaak*, las cuatro formas de *Kinich Kakmó*, *Ixchel* y sus cuatro rostros de diversos colores, los cuatro *bakabes*, y sobre todo *Itzamná*, hijo del dios innominado, *Hunab Ku*, Señor supremo.

El jefe sobreviviente de los cocomes sabía que para llegar a la profundidad de los símbolos contenidos en el agua auspiciosa, debía tener un estado sobrio, con todos sus sentidos abiertos para sintonizar la recepción de los mensajes. *Kin* era cada día con su noche. Después de tres kines de ayuno empezaba a sentir disposición para asomarse al agua reveladora. Pero no siempre tres kines eran suficientes y entonces permanecía en la abstinencia

cuatro, cinco y hasta siete kines, tomando sólo un poco de pozole dulce al caer cada tarde.

La pequeña fuente de augurios difícilmente se secaba. En las ausencias de Cecilio, la familia la mantenía llena de agua y limpia de hojas, frutos de los ramones, plumas de aves y otras impurezas que los vientos alojaban en la tinaja pétreo. Si llegaba a verla vacía, el jefe maya se turbaba profundamente. Esa oquedad le zamarreaba el alma. Todos los habitantes de la casa del *batab* estaban en el secreto y evitaban al señor de Tepich el disgusto de que viera el fondo reseco. Llenaban de inmediato el continente, cumpliendo de paso con una función natural, que agradecían las aves del cielo y de la tierra.

Cada tarde cuando Cecilio regresaba de la milpa, antes de tomar sus alimentos, pasaba a revisar el bebedero. Si no lo encontraba completamente lleno y limpio, él mismo iba al pozo, sacaba a pulso un balde de agua para refrescarse y asearse, y después, invariablemente colmaba su fuente de inspiración. Pero se llegaba a dar el caso de que la piedra sortilega quedara vacía. Los intensos calores de la península, la terrible sed de los pájaros libres y de las gallinas y pavos del patio daban cuenta del agua. Aquellas ocasiones en que Cecilio encontró vacío el bebedero sentía de inmediato una sensación extraña en el vientre, sudaba frío, su piel se erizaba, sentía golpes de sangre en las sienes y la angustia se apoderaba de él por largas horas. Mirar directamente el fondo reseco de la piedra le producía una dolorosa oquedad en el plexo solar. Por más que procediera a llenar la fuente de inmediato, quedaba invadido por terribles presentimientos. Era como si los espíritus y los dioses malignos del inframundo se hicieran presentes para acosar su ánimo, rodearlo de inseguridades y reconcomios. Aquellas pocas ocasiones terribles en que Cecilio había encontrado la piedra sin agua, difícilmente podía conciliar el sueño. Se revolvía largamente en su hamaca y cuando lograba dormir por breves lapsos, tenía sueños macabros y despertaba sobresaltado, bañado en sudor, jadeando, aterrorizado. En aquellas pesadillas Cecilio se veía atormentado y muerto de diversas formas, todas ellas sangrientas e infamantes.

El jefe maya de Tepich se había criado como un campesino, con especial conciencia de lo que representaban las obligaciones de un conductor comunitario. Su padre también lo había sido y le fue transmitiendo, con cuidado reverencial, los elementos que configuraban la responsabilidad de dirigir a la comunidad, a la par que los secretos de la agricultura,

en aquellos suelos duros y difíciles. Cecilio fue el hijo mayor y por tradición heredó la posición de *batab*. Aprendió en primer lugar a consagrar y cultivar la tierra. Desde que era niño acompañaba a su padre a la milpa. En ella se cultivaba el maíz y, a la vera de la planta fundamental, se sembraban calabaza, frijol, *ibes* y chile.

El maíz era el alimento de la vida material, aunque no era menos importante que la planta y el grano que ligaba con los dioses. En realidad el maíz era una especie de dios o materia divina. Eso lo sabía Cecilio porque le había sido transmitido a través de generaciones. Los hombres fueron hechos de maíz y por eso resistieron y persistieron. Hubo en otro tiempo anterior hombres producto de otras creaciones, hechos de madera o de barro. Fueron seres débiles que no subsistieron mucho tiempo. Sólo los hombres de maíz, venidos de la quinta creación que hicieron los dioses, fueron los que pudieron reproducir la vida, contar los tiempos, esculpir las piedras con referencia a las estrellas y construir pirámides con exacta orientación. Ellos eran de maíz y toda la naturaleza quedaba unida por la maravillosa planta que sostenía la vida entera de los habitantes del Mayab.

El maíz era el centro del universo. La deidad más diariamente invocada, la de las ceremonias temporales y la de las reverencias cotidianas. Esas deidades estaban en el corazón de cada cultivador de la milpa. Los labradores empezaban a pensar en los dioses del maíz desde que se levantaban antes del amanecer. Tenían una actitud mística en relación con todas las deidades de ese cultivo que eran muchas, todas ellas variables, metamorfoicas, casi siempre con cuatro advocaciones, transformándose por la noche en seres perversos del inframundo, refulgiendo en el día por obra y gracia de *Kinich Kakmó*, fuerza generadora, vínculo sagrado con el mundo alto en el que moraban los espíritus superiores, don básico de *Hunab Ku*, guacamaya de fuego, Dios único, el iluminado, creador



Frederick Catherwood, *Isla de San Miguel*, Cozumel